

Sahara Occidental: los escenarios posibles

Ignacio Fuente Cobo

Pocos analistas dudan que el conflicto del Sahara Occidental, que enfrenta desde 1976 a Marruecos y al Frente Polisario, no ha estado bien gestionado por la diplomacia internacional de las Naciones Unidas. Las ilusiones puestas en el proceso de paz iniciado en 1991 tras el acuerdo de alto el fuego que congelaba las hostilidades militares que se habían prolongado durante 15 años, no han sido suficientes para alcanzar el objetivo para el que fue concebido: la celebración de un referéndum sobre el futuro de este territorio que fue colonia española hasta que se transfirió la administración del mismo a Marruecos y Mauritania en los Acuerdos de Madrid de noviembre de 1975.

El 28 de octubre de 2005, el Consejo de Seguridad de la ONU decidía, por unanimidad, prorrogar, una vez más, el mandato de la Misión de las Naciones Unidas para la Organización de un Referendo en el Sahara Occidental (MINURSO) hasta el 30 de abril de 2006. El Secretario General opinaba, sin embargo, que «la falta de progreso se ha agravado además por el clima político de la región, generalmente tenso» y que «la situación podría deteriorarse aún más de no encontrarse una solución». En su último informe de 24 de abril de 2006, reiteraba que «la cuestión todavía se encuentra en una situación de estancamiento y sigue habiendo total desacuerdo sobre el modo de permitir que el pueblo del Sahara Occidental ejerza su derecho a la libre determinación».

Ante esta situación cabe preguntarse si existe una solución justa y definitiva dentro de un horizonte temporal razonable, para un problema en el que la falta de voluntad política de la comunidad internacional y de capacidad ejecutiva de Naciones Unidas, han sido las principales causantes del estancamiento actual.

Baker modifica su primer plan

Hace algo más de tres años, en enero de 2003, el entonces Representante Especial del Secretario General de Naciones Unidas, el norteamericano James Baker, proponía un nuevo acuerdo marco de autonomía que modificaba su anterior propuesta de marzo de 1997 y que había sido rechazado tanto por Marruecos como por el Frente Polisario.

Según este nuevo plan para la autodeterminación del Sahara, se partiría de un proceso previo de elecciones autonómicas en el que se elegirían lo que las Naciones Unidas denominaban «Autoridad del Sahara Occidental», que se repartiría con el Reino de Marruecos las competencias sobre la antigua colonia. Los votantes serían solamente los verdaderos saharauis identificados como tales por la Comisión de Identificación de la MINURSO y los saharauis refugiados en países vecinos. En total unos 90.000 electores.

Rabat conservaría durante este período, no obstante, la soberanía sobre el territorio y seguiría teniendo competencia en las áreas de defensa nacional y de relaciones exteriores.

Posteriormente, y no antes de cuatro años y no después de cinco, se celebraría el demorado referéndum de autodeterminación. En el mismo participarían además de los anteriores, los colonos marroquíes que hubieran residido permanentemente en el Sahara Occidental desde el 30 de diciembre de 1999 y que, tras varias décadas de colonización marroquí, alcanzarían a más de 250.000 personas. Con esta propuesta pragmática, se buscaba satisfacer las aspiraciones de ambas partes en conflicto.

Aunque los saharauis presentaron algunas reticencias iniciales, curiosamente los mayores obstáculos al nuevo «Plan Baker Modificado» fueron planteados por Marruecos, a pesar de que aparentemente, el nuevo plan le beneficiaba directamente al posibilitar dentro de unos plazos razonables (cuatro a cinco años) la soberanía marroquí con carácter definitivo sobre el territorio del Sahara. Si los votantes finales eran todos los habitantes del Sahara, incluidos los colonos marroquíes, lo más probable es que el resultado final beneficiase a Marruecos.

Sahara Occidental: los escenarios posibles

El territorio del Sahara Occidental



Fuente: Naciones Unidas

¿Por qué se opuso Marruecos?

Por ello, cabe preguntarse cuáles han sido las razones nunca clara-

mente expuestas para oponerse a un proyecto en principio ventajoso que ha sido, sin embargo, definido por las autoridades marroquíes co-

mo «separatista en las doradas arenas del Sahara».

Una primera razón podríamos encontrarla en el temor a que la concesión de una autonomía tan amplia a lo que Marruecos considera como «las provincias del Sur», pudiera convertirse en el detonante de una cascada de peticiones similares en otras regiones, principalmente

por motivos principalmente de política interior, Marruecos rechazó el referendo previsto por el «Plan Baker Modificado», que en teoría le era favorable

en el conflictivo Rif. Se podría producir un proceso de reivindicaciones autonomistas que terminase por escapar del control de las autoridades marroquíes.

En segundo lugar, tampoco las autoridades marroquíes se encontrarían muy seguras de que después de cinco años de un Sahara autónomo previsiblemente administrado por el Polisario (incluidos sus recursos económicos), éste se mostrase dispuesto a celebrar el pretendido referéndum sin tener la certeza de ganarlo. Al fin y al cabo, si Marruecos se había permitido negarse a celebrar durante quince años, el espera-

do referéndum establecido en la resolución 690 del Consejo de Seguridad del año 1991, sin consecuencias aparentes ¿por qué debería permitir celebrarlo el Frente Polisario si, como era muy probable, las elecciones autonómicas del plan Baker eran ganadas por ellos?

Finalmente, las autoridades marroquíes podrían albergar serias dudas sobre la lealtad de los colonos asentados en el territorio a partir del año 1976 a la hora de votar la eventual integración del Sahara en el reino alauita y a los cuales un Sahara independiente les ofrecería un horizonte económico mucho más atractivo. ¿Por qué contentarse con la incorporación a Marruecos si, dado su peso demográfico en el conjunto de la población del Sahara, ellos podrían pasar a convertirse en la clase dirigente del nuevo Estado?

Por ello, no es de extrañar que, cansado después de siete años de negociaciones infructuosas y de dilaciones múltiples, el 11 de junio de 2004, tras constatar que ya no contaba con la unanimidad de las partes, James Baker presentara su dimisión al Secretario General.

Política marroquí sobre el Sahara

El rechazo al «Plan Baker Modificado» ha supuesto una vuelta a la si-

tuación de estancamiento propia de los años anteriores. Marruecos sigue entendiendo que una postura dilatoria es la que mejor le beneficia, dado que permite consolidar por la vía de los hechos la situación presente en la que ellos controlan el territorio. Esta postura marroquí se ha visto reforzada a través de una serie de acciones estrechamente relacionadas, cuyo objetivo final es el de impulsar la aceptación por parte de la comunidad internacional de la incorporación del Sahara Occidental a la soberanía de Marruecos.

En primer lugar, Marruecos ha buscado mejorar su posición internacional por medio de la *acción diplomática*, enarbolando con habilidad el papel de «aliado privilegiado» que consagrara el anterior monarca Hassan II durante cuarenta años, como defensor de los intereses de Occidente en el norte de África y como pieza fundamental en la resolución del espinoso conflicto palestino-israelí.

La imagen conflictiva que ofrecen los Estados Unidos en el conjunto del mundo árabe-musulmán, habría servido para favorecer la posición de Marruecos ante las autoridades norteamericanas. Hay que tener en cuenta que Marruecos es considerado uno de los pocos países árabes amigos en esa conflictiva región del mundo que se extiende

desde Marrakech hasta Bangla Desh y en la que los norteamericanos se encuentran actualmente atrapados en la guerra contra el terrorismo.

La firma en junio de 2004 de un acuerdo de libre cambio con Rabat y la atribución a Marruecos de la condición de «Aliado preferente no OTAN» precisamente por sus es-

*Marruecos sigue entendiendo
que una postura dilatoria
es la que mejor le beneficia*

fuerzos contra el terrorismo es interpretada por Marruecos como una prueba clara de la preferencia norteamericana por las tesis marroquíes. Puede decirse que la cuestión del Sahara está siendo utilizado por Marruecos como moneda de cambio por su apoyo a la posición norteamericana de lucha contra el terrorismo islamista.

Por otra parte, atentados terroristas como los cometidos en Casablanca en abril de 2006, y la creciente islamización de amplias capas de la sociedad marroquí han ido acentuando la *percepción norteamericana sobre la fragilidad del régimen marroquí*, cuya situación interna podría terminar desembocando en un proceso revolucionario en el que los grupos

islamistas saldrían probablemente vencedores.

Por ello, la integración definitiva de un Sahara más o menos autónomo pero marroquí se vería, en las actuales circunstancias, como una importante baza para el afianzamiento interno del actual monarca Mohamed VI. Hay que tener en cuenta que el Sahara Occidental es probablemente el único tema en el que todos los partidos políticos marroquíes, incluidos los islamistas, están de acuerdo.

Al mismo tiempo, Marruecos ha ido actuando *sobre la población saharauí* del interior y del exterior buscando obtener la aceptación de la «marroquinidad» del Sahara entre la propia población nativa. En el interior, se ha fomentado un cierto desarrollo económico con la finalidad de borrar el sentimiento independentista en las generaciones que no han conocido la guerra. En el exterior, se ha ido buscando insistentemente, la desacreditación de las autoridades polisarias, denunciando la situación de abandono en la que se encuentran los refugiados saharauis, recluidos en los campos de Tinduf desde hace más de 25 años, y acusando al Frente Polisario de mantenerlos como rehenes, no permitiéndoles la salida.

De ahí que las deserciones puntuales de dirigentes saharauis hayan sido aireadas por las autoridades marroquíes como la prueba más evidente de esta precaria situación. Ciertas medidas de gracia como la liberación de presos saharauis detenidos en las revueltas de los últimos meses, servirían para completar el cóctel de medidas socio-económicas con las que esperan convencer a la población de la bondad de las tesis integracionistas.

Finalmente, Marruecos habría ejercido durante todos estos últimos años una continua *presión sobre las Naciones Unidas*, poniendo gran número de trabas administrativas y físicas al buen funcionamiento de la Misión de Paz de Naciones Unidas, que desde el año 1991 ha estado tratando de realizar el referéndum en el Sahara (MINURSO), hasta el punto de provocar en varias ocasiones la amenaza de abandono de la misión del Sahara.

Política del Frente Polisario

Si contemplamos, por otra parte, las condiciones en las que se encuentra actualmente el Frente Polisario, su situación tampoco puede considerarse muy halagüeña.

Aunque sigue siendo uno de los secretos mejor guardados por la di-

rección saharauí, puede estimarse que el ejército saharauí, que disponía de cerca de 20.000 efectivos en sus mejores tiempos de los años ochenta, se reduciría en la actualidad a unos pocos miles de soldados (algunas estimaciones reducen estas cifras a un número comprendido entre los 2.000 a 4.000 hombres, unos 500 por región militar) y sus parámetros militares que, en los años de la guerra, se asemejaban a los de las fuerzas españolas de las que mayoritariamente procedían, se encontrarían actualmente en niveles muy bajos. De ahí que resulte difícil contemplar la posibilidad del *regreso a la lucha armada* por parte del Frente Polisario, a pesar de la presión de las bases para que responda con las armas al estancamiento político actual.

Las amenazas a principios de 2001 del Polisario de atacar el Rally París-Dakar si éste pasaba por el Sahara Occidental (lo que provocó que un alto responsable argelino tuviera incluso que desplazarse a Tinduf para calmar los ánimos, ya que en el segundo semestre de 2000, el Polisario había realizado tres maniobras, se habían distribuido armas y las fábricas de ropa militar funcionaban a toda marcha) y, sobre todo, la iniciación a partir de mayo de 2005 de un movimiento de resistencia que toma como modelo la Intifada palestina, muestran la

creciente disposición de la generación saharauí nacida en los ochenta a incrementar su oposición activa a la ocupación y a adoptar un modelo de lucha análogo al de los extremistas palestinos.

De hecho, una de las grandes preocupaciones de la dirección del Frente Polisario es lograr que la juventud saharauí se integre en la estrategia para mejorar y consolidar la situación en los campamentos, auténtica retaguardia de la lucha saharauí, en vez de optar por la lucha armada. No obstante, el alejamiento de cualquier perspectiva de solución del conflicto y la desesperación que esta situación suscita en los refugiados de los campos podría impulsarlos, por la senda de la violencia, ya sea ésta de cariz político o militar.

Ahora bien, si los saharauís optasen por retomar las armas, su actitud sería interpretada en términos similares a la del terrorismo islámico, lo que produciría un enorme daño a la causa saharauí, dado el profundo sentimiento de rechazo que existe en la comunidad internacional a las situaciones de conflicto armado que se generan en las sociedades árabes. Si el Frente Polisario adoptase la decisión de volver a tomar las armas, toda la región sahariana se vería entonces amenazada; un

peligro que no tardaría en alcanzar niveles preocupantes para Europa.

Otro de los interrogantes que presenta el frente Polisario es el de si podría decantarse por seguir *la vía del terrorismo*. Toda la zona que se extiende desde el sur de Marruecos y de Argelia hasta el norte de Chad y los confines de Malí, Níger y

*la cuestión del Sahara
está siendo utilizada
por Marruecos como moneda
de cambio por su apoyo
a la posición norteamericana
de lucha contra
el terrorismo islamista*

Mauritania, presenta un peligro de desestabilización creciente por la influencia, entre otros, de antiguos elementos del Grupo Islámico Armado (GIA) y el Grupo Salafista por la Predicación y el Combate (GSPC), las dos principales organizaciones terroristas argelinas, lo que lleva a Estados Unidos y a Europa a prestar mucha atención a la seguridad en la zona.

Hay que reconocer que toda la zona es extremadamente frágil debido a diversas causas como puedan ser la debilidad de la autoridad de los Estados, lo alejado que se encuentran los gobiernos centrales, la inmensi-

dad del desierto, las rivalidades regionales, tribales, y étnicas, o la pobreza y el analfabetismo, todos ellos factores de riesgo que favorecen la difusión de ideologías radicales y la creación en el Sahara de una de esas «zonas grises» fuera del control de cualquier autoridad internacionalmente reconocida.

Resulta excesivo, no obstante, afirmar que esta amplia región pueda convertirse en un «nuevo Afganistán», donde las organizaciones terroristas, incluida *Al Qaeda*, desplieguen libremente sus centros operativos destinados a propagar su ideología en África y a realizar acciones terroristas en el Magreb y en Europa.

Más preocupante resulta la posibilidad de que se produzca un desvío del Polisario hacia la ideología «islamista», que pudiera afectar, sobre todo, a la juventud. El camino del Islam, en su vertiente más extremista podría colmar el vacío dejado por la trasnochada ideología de la dirección del Polisario como último bastión de las corrientes del socialismo árabe, que tan populares hicieron en los años sesenta líderes como Nasser, Bumedian o Gadafi. En el contexto del Magreb esta evolución resultaría particularmente preocupante por el carácter radical y antisistema que el islamismo lleva consigo.

Sin embargo, es poco probable que se produzca una adhesión masiva al islamismo por parte de la población saharauí debido al control que ejerce la dirección polisaria sobre la población y, también, porque el islamismo sigue limitado, en los campos de Tinduf, a una franja estrecha de la juventud. Más verosímil resulta pensar en una «infiltración» del Polisario por elementos no saharauis, pero sí de origen sahariano adheridos a la ideología islamista, dado que el Polisario se ve cada vez más obligado a reclutar personal en el norte del Malí o en Mauritania para mantener sus efectivos militares.

Un futuro para el Sahara

Llegados a este punto, cabe preguntarse: ¿Cuáles son los escenarios posibles a los que se enfrenta el problema del Sahara? Podemos contemplar dos escenarios distintos.

El primero, preferido por Marruecos, pasaría por el abandono definitivo del referéndum según la propuesta de Naciones Unidas y la sustitución de este marco multilateral por otro propiamente regional (Marruecos, Argelia, Mauritania y algunas potencias externas incluidos los Estados Unidos) que dejase fuera del mismo al Frente Polisario y donde, teóricamente, le resultaría mucho

más sencillo lograr un acuerdo favorable.

Como contrapartida, Marruecos estaría dispuesto a contemplar el estudio de un posible estatuto de autonomía para el «Sahara marroquí» cuyos límites estarían, de acuerdo con las declaraciones del Ministro de Asuntos Exteriores marroquí Mohamed Benaissa, en «la soberanía y la integridad territorial del Reino». Este escenario presentado por Marruecos como una especie de «tercera vía», aprovecharía los seis meses que ha sido prolongado el mandato de la MINURSO el pasado 28 de abril (hasta finales de octubre) para dar forma a un plan «definitivo» de autonomía. Este tiempo se emplearía en poner en funcionamiento el recientemente creado «Consejo Real Consultivo para los Asuntos Saharianos» (CORCAS) constituido por notables de tribus y cargos electos saharauis que, en palabras del monarca Mohamed VI, se han distinguido por su «patriotismo sincero». Y cuya función es la de «contribuir a defender la marroquinidad del Sahara».

El proyecto de autonomía se elaboraría en base a una «doble consulta democrática», una local a través del CORCAS que formaría la autoridad saharauí encargada de la gestión del territorio durante el período previo a las elecciones autonómi-

cas; y otra nacional a través de los partidos políticos en la que el cuerpo electoral sería ampliado a los marroquíes instalados en el territorio del Sahara entre el 2000 y el 2006.

Esta doble consulta debería permitir, según el monarca alauí, la «eclosión de una concepción nacional coherente y realista de una autonomía que garantice a todos los habitantes del Sahara la posibilidad de gestionar sus asuntos regionales, en el marco de la democracia y la supremacía de la ley».

Resulta difícil, en todo caso, asumir que las Naciones Unidas puedan aceptar este escenario que va en contra de sus propias resoluciones, dado que, de hacerlo, supondría una grave violación del proceso de descolonización del territorio comenzado en 1991. Mucho más verosímil resulta el rechazo por parte del Polisario a cualquier tipo de negociaciones directas con Marruecos sin contar con las debidas garantías por parte del Consejo de Seguridad, empezando por el no reconocimiento de la autoridad del CORCAS como parte de la autoridad saharauí durante la primera parte de la aplicación del plan.

El segundo escenario, la opción más razonable para el Frente Polisario, estaría dirigido a conjurar el plan

diseñado por Marruecos. Para ello se buscaría sacar el máximo beneficio de las ventajas comparativas en términos estratégicos con las que cuenta el Frente Polisario, empezando por el incremento del apoyo de una Argelia, cada vez más recuperada de sus «años de plomo», de los años noventa contra el terrorismo islamista, y a la que los altos precios del petróleo y del gas están conduciendo a un período de prosperidad económica sin precedentes.

Indispensable para cualquier equilibrio en la región, Argelia parece inclinarse por disputar activamente a Marruecos el liderazgo regional, aprovechándose del re-equilibrio estratégico que se está produciendo en el Magreb motivado por la nueva aproximación de seguridad y energética de las potencias occidentales, sobre todo de los Estados Unidos. Dotada de abundantes recursos energéticos, sobre todo gas, y con una posición estratégica fortalecida tras los éxitos antiterroristas de los últimos años, Argelia ha pasado a convertirse en un «socio indispensable» de Occidente.

Por el contrario, Marruecos estaría comenzando a dar síntomas crecientes de una crisis interna de carácter social que debilita la posición internacional de la monarquía alauita. La solución debe pasar necesariamente por elegir, bien entre una

mayor democratización de la sociedad y de las estructuras estatales a pesar de los riesgos que para la clase política podría derivarse de la misma, o bien por una alianza Majzen-Islamistas utilizando como base el consenso que comparten ambas partes en torno a la cuestión saharauí.

Ambas soluciones plantean, en todo caso, un horizonte futuro problemático, por lo que no es de extrañar que la balanza de las preferencias estratégicas se incline cada vez más en favor de Argelia, lo que beneficia indirectamente al Polisario. Es en este contexto en el que hay que entender el interés que están mostrando desde el 2005 los Estados Unidos, por la solución del conflicto del Sahara dentro del marco de las Naciones Unidas y de conformidad con la legalidad internacional.

Una situación estancada

En definitiva, si bien la ayuda argelina, la tradicional fidelidad de las asociaciones de apoyo españolas, incluyendo aquí a las 35.000 familias españolas que participan en el programa de acogida de niños saharauis denominado «Vacaciones en Paz», y el pago de pensiones a los militares saharauis que sirvieron en el ejército español, han servi-

do de balón de oxígeno para paliar la situación de penuria de la población en unos momentos en que las ayudas internacionales se han ido reduciendo sensiblemente (en el año 2006 se han reducido a la mitad los 30 millones de euros anuales que sumaban las ayudas de las agencias ECHO, PAM y ACNUR), el problema de fondo que es la culminación mediante referéndum de

*Marruecos estaría
comenzando a dar síntomas
crecientes de una crisis
interna de carácter social
que debilita la posición
internacional
de la monarquía alauita*

un proceso de descolonización, sigue sin resolverse.

Los principales perjudicados siguen siendo, como siempre ocurre en estos casos, los más de 100.000 refugiados saharauis que viven en los campamentos de Mauritania y Argelia, y cuya subsistencia depende de la generosidad, siempre voluble, de la comunidad internacional.

Aunque ningún país cuestiona la necesidad de salir de una situación de estancamiento que amenaza la estabilidad del norte de África y,

consecuentemente, la seguridad de Europa, existen importantes factores en juego que se oponen a la posibilidad de lograr una solución definitiva.

En primer lugar, el hecho de que la causa saharauí no despierta especial pasión en la comunidad de naciones, ni constituye una prioridad en las agendas políticas nacionales, acuciadas por cuestiones mucho más candentes de la realidad internacional. Como indicase el Embajador de Sudáfrica Dumisani Kumalo, uno de los principales países favorables a las tesis saharauíes en las Naciones Unidas, al Frente Polisario «no le basta con que su causa sea justa, sino que necesita venderla mejor».

En segundo lugar, casi todos los países con intereses o capacidad de influencia en el conflicto, conceden una gran importancia a la continuidad de las buenas relaciones tanto con Marruecos como con Argelia y consideran innecesario decantarse en estos momentos en beneficio de las tesis integracionistas o independentistas de unos u otros.

La combinación de estos dos factores juega a favor de la continuidad

de la situación de estancamiento, al menos mientras la comunidad internacional considere, como reconocía el Secretario General de Naciones Unidas en su informe al Consejo de Seguridad del mes de abril, que «el actual *statu quo* es más tolerable que cualquiera de las posibles soluciones».

Por ello, el desarrollo a corto plazo del conflicto pasa por la continuación de la misión de la MINURSO a pesar de su elevado coste y de su escaso éxito en realizar el plan de paz que preconizaba la Resolución 690 de 1991, en la esperanza de que el estancamiento actual termine por convencer a ambas partes de la necesidad de ponerse de acuerdo en un plan definitivo que, al tiempo que respete los legítimos derechos de la población saharauí, sea aceptable para la comunidad internacional y aceptado por las partes.

Mientras tanto, sólo cabe esperar que la inestabilidad potencial del Sahara Occidental no se convierta en caldo de cultivo de una violencia que únicamente serviría para condenar a otra generación de saharauíes a crecer como refugiados en los campamentos de Tinduf. ■